


38

La crítica consagra, unánime-
me, los valores del nuevo
libro



"Diario de Barcelona." 2.7.98

LITERATURA.

UN POETA CASTELLANO.

Hay títulos afortunados, títulos que si dicen ya por sí solos lo que es el libro cuya portada los ostenta, tienen, además, cierto valor propio que canta al alma muchas cosas vagas, ya delicadas, ya grandiosas, que cada uno de nosotros evoca á su modo, dándoles cuerpo antes que el autor, ó esperando que él ha de dárselo para arrancarnos una convencida expresion de asentimiento. A esa clase de títulos pertenece el de *Poesía de la sierra*, que ha puesto D. Carlos Fernandez Shaw al notable tomo de poesías que ha publicado recientemente en Madrid. ¿Cómo no abrir el libro con curiosidad por poco que sienta uno el amor de la Naturaleza? ¿Cómo no aprestarse á respirar á plenos pulmones, alta la frente, ebrio de luz y de aire, mirando el cielo, que desde la sierra nos parece estar tan cerca, ó bajándonos para coger la humilde dorecilla, fresca, sana y coloreada como bella moza campesina? Todo esto y mucho más ha de haber en una obra como la que motiva este artículo, y aunque nunca la labor del artista puede abarcar en casos tales cuanto nos da la hermosa realidad, hay que reconocer que el señor Fernandez Shaw ha sentido hondamente su asunto, lo ha cantado con singular acierto y sello personal, y, en suma, ha traído á nuestro espíritu como un fresco soplo de aire puro impregnado de aromas montaraces.

Ha ido á buscar la poesía en su fuente: donde más humilde es el hombre y más grande la tierra; lejos del viciado aire de las ciudades; ha ido á buscarla donde el verso nace, naturalmente, hermoso y lleno, porque no es más que la encarnacion del divino ritmo de las cosas. no un artificioso remedo hecho en frio, como un experimento de laboratorio. La Naturaleza, que es agradecida, ha pagado á nuestro autor con creces, haciéndole más poeta que nunca é inspirándole composiciones de verdadero maestro, de las que no se leen una sola vez y distraidamente, sino que se recuerdan y se citan siempre, porque dan la medida de lo que el arte de quien las ha escrito puede conseguir en los mejores momentos. En efecto: el Fernandez Shaw de *Poesía de la sierra* es para mí muy superior al de antes; al que tan acostumbrado está á recibir aplausos en el Ateneo de Madrid y en el teatro; al que no ha de empezar ahora á crearse un nombre, porque bien conocido es el suyo. No creo equivocarme si afirmo que mi opinion no ha de diferir mucho de la del propio interesado, ya que en la lista de sus obras que va al final del presente volumen solo figuran, modestamente, las que tiene en preparacion, como si la actual sirviera de punto de partida.

«Hay en *Poesía de la sierra* un poeta de cuerpo entero, dotado de gran variedad de matices, habiendo recibido muchas influencias muy bien asimiladas, pero principalmente de los clásicos castellanos y de los poetas modernistas de última hora. La fusion de ambas tendencias, que yo he aconsejado y aplaudido siempre que he creído verla puesta en práctica discretamente, esa fusion que á algunos parecerá imposible, disparatada, hállola aquí, y dando, por lo general, excelente resultado: el de afinar la vision; el de dar atrevida agilidad á la música; el de ofrecer siempre sólida base á ciertas novedades. Pero el señor Fernandez Shaw es, además, un muy experto y sincero versificador que tiene en numerosas ocasiones aciertos admirables y practica lo que yo creo el primer deber de hombre honrado en todo artista del verso: pasar por otras muchas cosas antes que por la prueba de mal gusto y la vergüenza de los rípios. Su frase es pura, limpia, con la naturalidad de una prosa exquisita, y en ella el verso ó la estrofa excepcionalmente afortunados se abren sin esfuerzo como una flor, con un fácil encanto que no todos consiguen.

Tiene, tambien, la riqueza de palabra, la gallardía del estilo que anima y da especial colorido hasta á las cosas vulgares. Dichas éstas de otro modo no se ad-

27

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

mitrían tal vez; dichas por él gustan. Es casi imposible hallar en un tomo de más de doscientas páginas todas las poesías sostenidas á un mismo nivel; pero con que haya bastantes que lleven el sello de la perfeccion, pronto se adivina á qué categoría literaria pertenece el autor. Esa perfeccion existe en el fondo y en la forma de no pocas composiciones de este volumen y en innumerables fragmentos de otras. Son obras de antología, en las que nada falta ni sobra, en las que el autor se mueve dentro de los límites del verso con un desembarazo y seguridad que hoy parecen ya irse perdiendo. En la lista de los poetas castellanos de ahora, el señor Fernandez Shaw se ha conquistado con este solo libro un lugar preeminente, sin necesidad de pagar excesivo tributo á las modas del día, que de fijo no faltará quien diga que él sigue con excesiva timidez. En cambio, les infunde su carácter propio. Léanse *Bucólica*, *La tormenta*, *La carreta*, *Por el camino*, *La vieja letrilla*, *Cantos del pinar*, *Maldicion serrana*, *Meditacion*, *Silencio*, y otras como *Las cumbres*, *Toque de ánimas*, *Mañana de junio*, *Mi campo santo*, etc., y quien algo entienda de poesía confesará que no ha perdido el tiempo.

Quisiera poder reproducir aquí algunas de estas poesías, que yo he leído con deleite. Citaré algun trozo, aunque ese procedimiento no sea muy bueno, porque desflora el conjunto sin dar idea de él. He aquí el comienzo de *Bucólica*, es que la nota que se persigue es la de una delicada naturalidad:

El sol, ya sin corona, declina tras el monte.
 Está como incendiado... Deslumbra el horizonte...
 Empieza á desprenderse la sombra sosegada...
 Ya sube desde el rio; ya invade la cañada.
 Por las ondas del aire, hace poco tranquilas,
 suena, con claras notas, un repique de esquilas,
 y un rebaño aparece, confuso y blanquecino,
 dominando un repecho del angosto camino.

Un buen pastor lo guía, seguido por sus perros,
 y van detrás, sonando sus enormes cencerros,
 unos carneros mansos, que marchan muy unidos,
 de lanas muy espesas y cuernos retorcidos.
 Siguen muchas ovejas, á miles, apretadas,
 como si fueran todas por el miedo llevadas;
 cabras negras y rubias, como noches y días,
 y entre cabras y ovejas, rebrincando, las crias.

En un seron de un potro va un chivo fatigado.
 Ni un momento se aparta la madre de su lado.
 Mirándole se alegra, mirándole camina.
 El chivillo se asoma, y la madre se empina,
 y así como los pájaros se besan con los picos,
 juntan ellos, gozosos, los trémulos hocicos.

El rebaño se aleja. La noche se avecina.
 En las sombras que crecen, el rebaño camina.
 Mientras se va apagando la tarde melancólica,
 se va desveneciendo la aparicion bucólica.

El aire es apacible. Sopla apenas, muy blando.
 Ya muy lejos, muy lejos, un pastor va cantando.

Por el sereno ambiente de este cuadro de idilio,
 dijérase que pasa la sombra de Virgilio.

En *La carreta*, volvemos á hallar la marcha deliberadamente monótona del pareado, tan propio en este caso:

Por caminos y atajos, la carreta camina,
 la carreta recruje, la carreta rechina;
 al andar de los bueyes, tan enormes y lentos,
 sin cesar fatigados, sin cesar soñolientos;

al gemir de sus tablas, por los malos caminos,
al girar de sus ruedas, en sus ejes cansinos.

Todo va, en la carreta, de su marcha cansado:
tan rendido el boyero como el lento ganado;
lacia y mustia la hierba que, en montañas, se hacina
sobre el fondo de tablas, que se rinde y rechina;
mustio y lacio el mozueto que se tiende y enerva
recostado en las cimas de los montes de hierba.

Todo va sofocado por la ardiente mañana.
Todo va con pereza, con fatiga... sin gana...;
sin que nadie se queje de un andar tan despacio.
¿Hacia dónde el boyero, con la vara que rige
los destinos de todos, la carreta dirige?
¿Es quizás que sus bueyes se adormilan y tardan
porque en parte ninguna la conocen ni aguardan?
¡Ah carreta de bueyes, bajo el sol!... Se dijera
que caminas tan poco porque nadie te espera.
..... Así va por el mundo, tan cansada, la vida,
cuando el ánima pobre se rindió dolorida.....

hoy se arrastra mi verso de indolente poeta.....
con la música triste de la pobre carreta.

Acaba uno de leer la composición y se pregunta si no es esa carreta un símbolo de la vida española, en que, si hay pocos que se quejen de vivir tan despacio, son muchos los que se duelen de que haya alguien que empuje.

No he copiado hasta aquí lo mejor del libro, sino algo que es típico de él. Para que se vea una muestra de versificación bien castiza, a la antigua usanza, pondré a continuación, porque es corta, la *Maldición serrana*:

Galan que del pueblo vienes,
tú que engañaste á la Olalla,
la mozueta que murióse
del rigor de su desgracia:
Dios haga que cuando vuelvas
al pueblo, sobre tu jaca,
presumiendo de bonito,
pensando en nuevas «hombradas»,
por el pinar te adventures
sin advertir que te enzarzas;
que la jaca se te espante,
sin que las riendas te valgan;
que las fuerzas te abandonen,
que se anublen tus miradas...
¡y que una rama *gachera*
te desbarate la cara!

Al hablar de *Poesía de la sierra*, el capítulo de cargos, que para algunos parece indispensable si no han de disgustarse del aplauso, queda reducido á bien poca cosa: que hubiera convenido suprimir, en un tomo como éste, la composición *La eterna historia*, de nivel inferior al de la mayor parte de las que la acompañan; que lo mismo cabe decir de ciertos dobles ó triples signos de admiración, pues con usar uno basta y resulta más serio; que es bueno á veces ponerse un poco en guardia para no exagerar el sentimiento y tender á la oratoria en ciertos momentos... Todo esto carece, sin embargo, de importancia, y en cambio la tiene indiscutiblemente este simpático volumen.

R. D. PERÉS.

4

"Las Provincias" - (Valencia) 6-7-908.

41-

Novedades Literarias

PARA «LAS PROVINCIAS»

Poesía: El libro de Fernandez Shaw. — «El Patio de los Arrayanes», por Francisco Villaespesa. — «Doloras», por Luis Oteiza.

Varios son en estos últimos días los libros de versos que han llegado á mis manos, versos tristes que reflejan marchitas ilusiones y muertas esperanzas. La poesía de ahora no es aquella «fermosa doncella», sana y fuerte, que iba de valle en valle y de otero en otero cantando regocijada los goces del vivir, sino virgen melancólica que nos habla de irrealizables ensueños y de presentimientos fatídicos.

Confirman lo que acabo de decir *La Poesía de la Sierra*, de Fernandez Shaw; *El Patio de los Arrayanes*, de Francisco Villaespesa, y *Las Baladas*, de Luis de Oteiza.

Fernandez Shaw pertenece al número de los verdaderos poetas. Adolescente, casi niño, obtuvo, recitando sus primeros versos en el Ateneo, envidiables triunfos; tradujo después inspiradamente algunos poemas de Coppée, y ha demostrado más tarde que la forma poética no es incompatible con el teatro.

Su último libro *La Poesía de la Sierra* está saturado de honda y sincera melancolía. Fatigado de cuerpo y de espíritu, Fernandez Shaw buscó el año pasado puerto de momentáneo reposo en el seno de los montes que azulean al Norte de Madrid. Véase cómo expresa el poeta su anhelo de paz al respirar las auras saturadas de ásperos perfumes del Guadarrama:

Que recobre yo en tu seno
juicio para discurrir,
calma para proceder
¡y fuerzas para sufrir!
¡y alientos para querer!

¡Vuélveme la fe pasada,
devuélveme la alegría
cañada, hermosa cañada
del puerto de la Fuenfría!!

En la paz augusta de las montañas, en los hermosos espectáculos de la bravía naturaleza del Guadarrama, ha encontrado la musa del poeta motivos de alta y serena inspiración, siempre empapada, como digo mas arriba, de honda tristeza. Al alma dolorida, hasta los mas bellos espectáculos le sugieren sentimientos deprimentes: el corazón que padece ve en las gotas de rocío las lágrimas que derrama la aurora; en las aguas de la fuente cree oír angustiosos gemidos; para él el viento solloza, los árboles abren al cielo sus ramas como brazos desesperados, y la esquila que suena á lo lejos, el arrullo de la tórtola en la espesura, el ganado que seguido del pastor baja de la cumbre al valle, y el caminante que se aleja cantando... todo es manantial de inacabable melancolía.

El autor de *La Poesía de la Sierra* ve todas estas cosas como al través del llanto.

A veces el espectáculo de la Naturaleza disipa las nieblas de su espíritu.

Mañana deliciosa, buena mañana,
alegre como el toque de la campana,

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

que en su torre da vueltas aprisa, aprisa!
 cada vez mas gozosa tocando á misa:
 en el pecho me infundes alientos sanos,
 al soplo de estos puros aires serranos;
 enciendes á mis ojos, en lontananza,
 con reflejos brillantes, luz de esperanza;
 mi frente oreas,
 y en mi mente disipas tristes ideas...
 Mañana cariñosa, bendita seas!

Pero estas momentáneas alegrías duran poco. El poeta, dolorido, vuelve pronto al tema de sus pesares, y en *La balada de los viejos*, que recuerda el pensamiento de la *Intrusa*, de Maeterlinck, exclama:

Segador,
 que siegas en la montaña
 la hierba del prado en flor
 cuando principia el verano:
 ¡llega pronto, sin temor,
 con la guadaña en la mano!
 La muerte no tiene entraña,
 para sentir el amor.
 Siega las vidas con saña.
 Si vuelve por la montaña,
 por donde el aire traidor,
 siégala con tu guadaña,
 segador!

Otras veces, al ver como camina por los pedregosos senderos de la sierra rechinante y perezosa la carreta de bueyes, piensa que así va por el mundo tan cansada la vida cuando el ánima pobre se rindió dolorida.

Penetra en el Cementerio, y la vista del pobre Camposanto le inspira estos versos:

Yo quisiera dormirme,
 para no despertarme
 defendido del mundo
 por tus cuatro tapias
 bajo un cielo piadoso
 y la sombra de un sauce,
 y en un hoyo profundo
 que mis ojos cavasen.

Toda esta tristeza, que da unidad al libro, le comunica también cierto sello de monotonía. La persona que siempre nos habla de sus penas, de sus sufrimientos, de sus males físicos, de sus tribulaciones y congojas, acaba por fatigarnos. Algo de esto nos acontece con los poetas que insisten demasiado en referirnos y ponderarnos sus pesares. El dolor de Fernández Shaw es sincero, pero en la expresión de sus tristezas hay excesiva repetición.

A veces, por el afán de seguir la moda modernista, que tanto abusa de lo exótico, nos presenta el poeta á Pierrot y Colombina, diciéndose amores en los pinares de la Sierra. O mucho me equivoco, ó los dos personajes populares en Francia y oriundos de Italia, no van á carretear por los valles de Guadarrama. Lo que por aquellas asperezas abundan son las zagalejas de ojos negros

ojos grandes que asesinan
 ó enloquecen á mansalva
 con las pupilas muy hondas
 y las pestañas muy largas

y los mozos morenos

que están por las mozas guapas.

Creáme mi amigo Fernandez Shaw, á quien de todas veras felicito por su hermoso libro. Los amores y celos de esos rústicos serranos y serranas tienen mucha mas poesía, para nosotros los españoles, que los escarceos fantásticos de Pierrot y Colombina.

Quando se leen libros como los tres de que he hablado con mucha más brevedad de lo que ellos merecen, siéntese, por lo menos yo la he sentido, íntima satisfacción. La poesía no ha muerto: dormida durante algún tiempo, brota ahora de nuevo con la lozanía y la belleza de una primavera florida, después de los hielos del invierno.

67
 "El Ejército Español" - 17-7-98

"Poesía de la Sierra,"

He leído este hermoso libro de versos en esta sierra hospitalaria, en los mismos deliciosos parajes donde su autor, el altísimo poeta Carlos Fernández Shaw, ha logrado, con envidiable fortuna, trasladar al papel engendros y más bellísimos engendros de su inspirado numen.

En ningún poeta contemporáneo, ó, mejor que mejor dicho, para que nadie me tache de exagerado, en muy pocos poetas de nuestros días aparece tan marcado el predominio de la imaginación como en el genial autor de *La tormenta*, *Mi madre*, *La carreta* y otras composiciones no menos hermosas que adornan las páginas de *Poesía de la Sierra*.

Casi todos nuestros poetas contemporáneos carecen del don de la impresionabilidad, por lo cual en ellos la inspiración resulta falsa; son víctimas del artificio y esclavos de la rareza, tras de la cual corren con ansias de pueril notoriedad; pero en Fernández Shaw, por lo contrario, es tan natural y verdadera la inspiración, que cuando se presenta ornada de ricas galas ante el lector, refleja con toda exactitud la impresión causada por el objeto bello en el alma del artista ó el estado de ésta cuando de melancólico subjetivismo aparece impregnada.

Placer grandísimo resulta siempre la lectura de un inspirado libro de versos; más de punto sube aquél cuando ésta se verifica en la misma cuna de las creaciones poéticas que saboreamos, cuando en el propio seno de la Naturaleza *sentimos el alma del paisaje* merced al genio del poeta en las cadencias de sus rimas... Entonces parece que de lo profundo de las húmedas cañadas y de lo más recóndito de los verdinegros pinares, el poeta nos saluda con misteriosas voces, y ¡oh poder de la poesía! cada paraje, cada ladera, cada cumbre se nos antoja que aumenta en atractivos y encantos.

El vate parece que nos sirve de mágico *cicerone* cuando al bordear la cañada, por ejemplo, nos dice con su libro:

«Cañada, hermosa cañada
del puerto de la Fuenfria,
¡qué alegre estás, inundada
por la luz del mediodía!»

Cuando contemplamos *las cumbres* que nos amenazan con sus moles, creemos que el poeta nos canta:

«Son las altas y hermosas,
las altísimas cumbres,
que se elevan al cielo
virginales y blancas,
afirmandose en hombros
de magníficos montes;
con sus picos envueltos
en jirones de bruma,
con sus agrias laderas
salpicadas de pinos,
con sus tajos enormes
rebosantes de nieve.
Son las altas y hermosas,
las altísimas cumbres,
profanadas apenas
por los pasos del hombre.»

Otras veces, gozando del fresco tonificador, que embalsaman el cantueso y el tomillo, la retama y la yerba buena, en las noches de luna, veo que al conjuro de la delicada musa de Fernández Shaw,

«Llega Pierrot, deslizándose; joven,
ágil, gallardo, con rostro risueño.
Llega gentil, por un rayo de luna,
cual por la escala de un místico sueño.»

Y contemplo á Pierrot, al pobre enamorado, tantas veces puesto en ridículo por los *vates melencólicos*, como corona de un nimbo de alta, augusta y verdadera poesía.

Hoy, á penas el sol había emprendido la carrera, hallábame en el pinar, sitio delicioso en el cual cada día de fiesta, en los meses de estío, el tren de los *madriles* arroja una alegre muchedumbre internacional de alegres *tomilleros*... Nunca he sentido tan hondamente la alegría de vivir... Yo, con el libro de Fernández Shaw entre las manos, leía en voz alta:

«El pinar hermosísimo es una jaula abierta.
Con el alba gozosa el pinar se despierta.

.....
Vuelan por todas partes, con caprichosos vuelos como las auras bajo los anchos cielos, (los mirlos enlutados y los cuclillos grises, pica-pinos muy rojos y menudas malvisas.»

Y unos y otros, alados habitantes del pinar serrano, con sus arpadas lenguas parecían que proclamaban hijo predilecto de la Sierra de Guadarrama á Carlos Fernández Shaw, cantor excelso de sus altísimas cumbres y floridas cañadas...

Francisco de IRACHETA.

Cercedilla, Julio de 1908.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

8

"Blanco y Negro."

11-7-908

IMPRESIONES VERANIEGAS

DE VIAJE. Los viajeros nos acomodamos tranquilamente en nuestros departamentos. No hay apretones ni prisas. El éxodo veraniego apenas ha comenzado. Josué mandó detener al sol, y el Gobierno ha hecho lo mismo con los madrileños. Mientras dure la batalla de la Administración local nadie se mueva. ¡Cada ley que empieza por dejar en el sitio á la mayoría de los ciudadanos! Pero gracias á ella, nuestras maletas disfrutan de amplísimo espacio en las redes del vagón, y nuestros cuerpos gozan del mismo beneficio en los asientos del coche. Este departamento es para seis y lo ocupamos cuatro. Las maletas nos miran satisfechas, y nosotros miramos satisfechos á las maletas. Un tático vitor á la autonomía brinca en esas miradas. ¡No hay hombre ni equipaje que no se sienta algo catalanista viajando!

Suena nerviosamente el tintineo repetido del timbre. Faltan cinco minutos. ¡Que pasen pronto! La marquesina de la estación nos roba el aire.



¡Ah, Collado Mediano, ni alto ni bajo, lo suficiente para respirar bien en un jardín diminuto, con niños que juegan y rosales floridos...! Poco tiempo después el tren se detuvo, contento de haber llegado. Estábamos en Cercedilla. Y entonces vi á Carlitos Fernández Saw, que entraba en el despacho del jefe de estación. Llevaba en la cabeza un sombrero de paja de forma de jipi, pero muy chiquitín, como los que usan los niños cuando van á la playa. ¡Caprichoso sombrero para un cerebro de poeta!

Porque Fernández Saw es un poeta muy grande, que no tiene más defecto que leer sus versos como un orador. En su *Poesía de la sierra* hay tal intensidad de emoción, que se sobrepone á la fuerza descriptiva, con ser ésta avasalladora en el temperamento poético de Fernández Saw. ¡Maldita mandíbula prominente, característica de los oradores, que nos estropea en España á los poetas de la humilde y santa poesía, doncella que habla más con los soñadores ojos que con la voz apagada, dulce y algo temblorosa! Abrazo imaginativamente á Carlos Fernández Saw, gran poeta de las sierras del mundo y amigo sin duda del jefe de estación de Cercedilla, y otra vez arranca el tren perezosamente, lamentándose la máquina de que la obliguen á subir aún. Animo, el carbón restaurará las energías fallacientes...! ¿Y nuestros huevos á la béchamel, y nuestro carnero con legumbres, y nuestros fiambres, y nuestro queso...? ¿Que hasta Segovia no se almuerza? ¡Ah, mi querido burgués y correligionario de Collado Mediano, no te dirán eso á ti! Tú almorzarás á la hora que quieras, bajo las apretadas acacias de tu jardín, y

no huevos á la béchamel, con más mantequilla que huevos, ¡no! Pero, en fin, siga cada cual su destino, y almuerce á la hora que pueda y cuando le den de almorzar. Vamos á Segovia. ¿Bostezas, lector? Yo también. ¡Ah! yo también.

José DE ROURE
DIBUJOS DE MEDINA VERA

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

97

"Figaro" — Habana

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

POESÍA DE LA SIERRA," versos, por Carlos Fernández Saw.— Madrid, 1908.

Apenas leídas las primeras composiciones del libro, se advierte que estamos conviviendo con un poeta de penetrante sinceridad y arraigado amor á las formas clásicas. Todo en la poesía de Fernández Saw es sencillo, espontáneo; sus dolores, sus ideas, sus sensaciones, tienen un grato primitivismo que excluye toda complicación moderna. Es poesía campestre, poesía de la sierra, pero de una sierra semi urbana, próxima á la ciudad, donde al salir de un bosque ó al descender de los picos elevados y gélidos, nos hallamos con un amigo demasiado elegante, que trasciende á calle de Alcalá y á Paseo de la Castellana. Fernández Saw es un poeta equilibrado, versificador hábil y respetuoso de todas las instituciones sociales y artísticas; por esto su poesía es tan fresca y pura y para exteriorizar sus emociones no tiene que recurrir á innovaciones métricas ni á rítmicas audacias, pues su espíri-

tu aconsonanta cumplidamente con las diversas normas de los venerables clásicos.

Una de las virtudes de la poesía de este verdadero poeta, es la sencillez. Los romances y las composiciones de arte menor, son en su mayoría impecables. Y algunos brotes de subjetivismo—"La Tormenta" es una poesía maravillosa donde la caliginosa emoción late en versos de insuperable factura,—nos hacen conocer su extraordinaria fuerza descriptiva.

Fernández Saw, está maduro para la labor del espíritu; en este volumen, después de varios años de labor que, aunque á veces estuvo á la altura de su talento, hicieron inferior colaboración heterogéneas y preocupaciones industriales, anuncia otros de arte puro. ¿Cómo serán? ¿Vendrá en ellos ese "desequilibrio armónico" que aún en los poetas más serenos se observa? No puede predecirse. Pero de todas maneras,

aunque esos volúmenes no viniesen, aunque Fernández Saw no volviese á escribir más, este libro sincero y poético le redimiría de muchas zarzuelas y vendría á ser como un símbolo de su vida, que es ilustre y que es laboriosa.



10

(Madrid) "España y América"

19 = 7 = 08

REVISTA LITERARIA

Un libro de versos de Fernández Shaw (1)

por el P. Eusebio Negrete.

Recibí este libro con prevención, lo abrí hasta con desdén y acabé por cerrarle, después de dos lecturas seguidas, con un no sé qué de vaga ternura y simpática tristeza. La razón de la sinrazón, lo reconozco, de mis prejuicios y desdenes —¿necesitaré explicarla?— fundábase en el temor de encontrarme con un nuevo engendro del modernismo, con el cual no he logrado todavía reconciliarme, sin duda porque llevo dentro un espíritu muy rancio, como quieren unos, acaso porque soy muy miope de inteligencia, según otros. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que, hoy por hoy, inspírame el modernismo lo que hace años me causaba la sola vista del queso de Cabrales: invencible repugnancia. Pero á la vuelta de algún tiempo, ¿acabará la poesía modernista por antojárseme tan sabrosa como ahora el fermentado comistrajo...?

Hechas estas manifestaciones en descargo, á lo que entiendo, de mi conciencia, expondré lisa y llanamente las impresiones que me produjo la lectura de *Poesía de la Sierra*.

Va ya para dos meses —Fernández Shaw perdone la tardanza— que, apremiado por otros quehaceres, arrinconé *Poesía de la Sierra*, y, no obstante este lapso de tiempo, al volver ahora sobre sus páginas, siento que en mi mente y corazón, más en el corazón que en la cabeza, viven frescas las emociones que en mí despertaron las primeras lecturas. Tan vivas se conservan, que no he menester ya repetir la lectura; el solo título de cada composición es ahora bastante á evocar todos aquellos sentimientos, siempre acordes con los del poeta, que entonces conmovieron dulcemente mi espíritu. Es el mayor elogio que yo puedo hacer de un libro de versos. Otros opinarán como les plazca; pero yo tengo siempre por bello todo libro que me hace sentir fuerte-

(1) *Poesía de la Sierra*.—Madrid, Fernando Fé, Puerta del Sol, 15; y Sevilla, Juan Antonio Fé, Sierpes, 59.—1908.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

mente y enciende en mí aspiraciones y deseos que me vuelven mejor; y por poeta, á quien sabe captarse mi devoción y simpatías hasta poner mi espíritu al unísono del suyo. Y eso es *Poesía de la Sierra*; eso es Fernández Shaw.

Ya solicitan vivamente la curiosidad, y predisponen favorablemente el ánimo, las estrofas que á guisa de introducción encabezan el libro.

*Serranas he cantado. Son hijas de la Sierra.
Sus campos y sus pueblos, mis penas en sus valles,
mis penas en sus montes, hicieronme sentir.
Por cumbres y laderas, vagando, divagando...
mis versos escribí.*

*Y así nació mi libro, sincero cuanto pobre.
Dictáronlo, de acuerdo, la Sierra y el Dolor.
Lectores, si los halla; lectores indulgentes,
con él, en vuestras manos, más bien que mis estrofas,
tendréis mi corazón.*

A tan humildes y sentidos acentos no hay quien se resista, y páginas adelante se va viendo que, en efecto, la Sierra y el Dolor han inspirado las canciones de *Poesía de la Sierra*. ¡La Sierra y el Dolor! ¿Pueden concebirse otras fuentes de poesía más ricas y dulces?

Yo creo, sin embargo, que lo que subyuga en este libro no es la poesía de la Sierra, sino la belleza moral del Dolor, hondamente sentido y poéticamente cantado. Pero no la de ese dolor que rompe en blasfemias ó estalla en imprecaciones de ira ó en acentos de desesperación, sino la de esotro dolor que eleva y purifica las almas, que se resuelve en lágrimas de arrepentimiento, en plegarias y cánticos de fe y confianza, en desmayadas estrofas de resignado desaliento. *Poesía de la Sierra* es, no una colección de versos desgranados, sino un poema, de que cada canción es una estrofa, y en el cual su autor canta, llora ó reza sus crueles pesares y tenaces remordimientos. Es un capítulo de la historia de un alma/soberanamente artística, que rasgándose el pecho se confía al lector y le dice:

*Una insensata vehemencia
para sentir, me ha perdido.
La lucha por la existencia
me ha rendido.*

*Vivo presa de un terror
¡que no es el miedo á morir!
Lo que me causa pavor
es vivir.*

48.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

*Apenas mi sombra soy,
con martirio tanto y tanto,
y así muriéndome voy,
muriéndome voy... ¡de espanto!
Esta es la triste verdad
de mi suerte.*

*Los que sabéis mi ansiedad
¡tenedme, por Dios, piedad
en mi vida y en mi muerte!*

Poema hondamente psicológico, en estos versos de Fernández Shaw la impresión subjetiva domina y envuelve la visión objetiva del poeta, hasta eclipsar en ocasiones la naturaleza exterior. Diríase que ciego, muchas veces á los encantos de la Sierra, y sordo otras á sus amorosos y regalados alientos, el poeta, arrumbado allá por una de esas enfermedades que minan por igual la salud del cuerpo y las energías del espíritu, discurre por los valles y las cumbres como tórtola herida y sin nido, arrullando sus penas y zozobras. No es la voz de la Naturaleza la que aquí se escucha; es la de un alma solitaria y triste, la que sin cesar resuena y se extiende como un lamento por la cañada de Fuenfría. Desde *Invocación*, la primera y una de las mejores composiciones, donde se lee esta sentida estrofa:

*Pasada la juventud,
víctima del mal que tengo
como castigo, á ti vengo,
buscando paz y salud:
paz, de la que siempre fui
más que amigo adorador;
y salud, mi bien mayor
y el primero que perdí.
Propicias vuelvan á mí,
bajo el influjo sereno
del airecillo serrano,
que es tan sano...
por lo mismo que es tan bueno.
Que recobre yo en tu seno
juicio para discurrir,
calma para proceder,
¡y fuerzas para sufrir!
¡¡y alientos para querer!!
¡¡ Vuélveme la fe pasada,
devuélveme la alegría,*

*cañada hermosa, cañada
del puerto de la Fuenfría!*

hasta Despedida, que cierra el volumen con estos versos:

*Con Dios quedad, los montes, el huerto, los pinares,
el puerto, la cañada... Con Él quedad: ¡con Dios!
Me llaman las llanuras... Quizás las de los mares.
.....
Me alejo, como vine, con trágicos pesares.
¡Adiós mis esperanzas! ¡Las últimas!! ¡Adiós!!*

no se escucha, salvo leves intermitencias, otra voz que la de un alma profundamente dolorida, algo así como el lejano eco de un naufrago que, vela y timón rotos, y sin alientos para remar, navega á merced de las olas por el turbulento océano de la vida. Así, en *La noche de las hogueras*, *Toque de ánimas*, *Mañana de Junio*, *La tormenta*, *La carreta*, *Luna llena...*, Fernández Shaw canta las impresiones que levantan en su ánimo el lejano tañido de la campana en una noche serena, las auras de amor que suscita la noche de San Juan, el vibrar del rayo y el retumbar del trueno, la perezosa lentitud con que cruza por el camino la pesada carreta, la placidez de una noche de luna, el grato bienestar que trae consigo la calma del umbroso bosque...; mas el poeta no las canta para detenerse y gozarse en todas estas cosas, sino para apartar bien pronto de ellas su consideración y volver sus ojos á recuerdos y añoranzas de otra su edad más temprana, para reflejar más vivamente el contraste entre la quietud bienhechora de la sierra y la inquieta turbación de su alma, ó la concordancia de la tormenta que restalla en las cumbres con la que ruge en su ánimo, y la del perezoso deslizarse de la carreta con la languidez de su espíritu neurasténico y, por esto mismo, abúlico y desmayado.

No se crea, sin embargo, como alguien pudiera sospechar, que el tono sombrío y triste de estas canciones apesadumbre y rinda el ánimo, ni que este eco persistente de amarga pena llegue á engendrar fastidio en el lector; no. Aparte de que el poeta describe y pinta al mismo tiempo los hechizos de la vida campestre, como ocurre, verbigracia, en *Bucólica*, *Cantos del pinar* y *Mañana de Junio*, y de que en aquellas leves intermitencias que decía ha poco, nos brinda romances de dulce y fresca belleza, como *La Leonor*, *La de los ojos negros* y *La vieja letrilla*; escenas y tipos de fragante aroma popular, como *La música de los títeres* y *Caracol*; leyendas y remembranzas del tiempo viejo, como *Romance del tiempo viejo* y *Por el camino*, y hasta tiernos *Madrigales*; aparte todo esto, digo, allí donde Fernández Shaw sucumbe á la obsesión del dolor, brota éste tan espontáneo,

tan desnudo de artificios, tan sincero, que el lector, sin darse cabal cuenta, y una vez más confirmando la verdad en que se funda aquel precepto del clásico latino: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*, va compartiendo los duelos del poeta, y cuando cierra el libro, dejos de compasiva amargura humedecen sus ojos que ven al amigo bueno partir convaleciente de cuerpo, pero abiertas aún y chorreando sangre las heridas del alma, mientras en su interior quedan vibrando como un quejido estos versos de *¡En marcha! y Despedida*:

*«Al fin, de su seno
los montes me alejan.
También de su grato refugio
me expulsa la tierra...»*

«Me alejo, como vine, con trágicos pesares.»

Otro de los encantos que, para mí á lo menos, tiene *Poesía de la Sierra* es el perfume religioso que exhalan sus páginas. Me complazco en reconocerlo así y confesarlo, y llamo sobre él la atención, ya porque ningún crítico ha parado mientes en esta excelsa cualidad del fondo poético del libro, acaso por parecerles desdeñosa, ya también porque, en los tiempos de modernismo literario que corremos, no son para menos que alabar á Dios los valientes arranques de fe que á Fernández Shaw inspire *La tormenta*, y más todavía aquellas lágrimas de arrepentimiento, y aquellos suspiros por alcanzar la gracia de Cristo y su gloria, y aquellas voces de generosa indulgencia para con los enemigos, y aquella detestación de culpas pasadas y abominación de pérfidos y falaces placeres, que el lector encontrará en *Mi madre*; sin contar *Padre nuestro* y *La salve de las montañas*, que si no son los mejores, ni mucho menos, de todos estos cantos, desde el punto de vista poético, lo son desde este otro punto de vista religioso. Cuando yo leía estos desahogos de un alma tan sedienta de felicidad como harta de sinsabores, y á la postre me encontré con que el poeta, restaurada la salud del cuerpo, pero tanto ó más que antes enferma el alma, alejábase de Fuenfría, de retorno á la ciudad, demandando al cielo:

*¿En dónde y en qué fuentes, ¡Dios santo!, calmaría
mi sed devoradora de amores y grandezas?
¿En dónde hallar el rayo de amor y de alegría
que rasgue, que disipe mis íntimas tristezas?*

la asociación de ideas me transportó en sus alas, salvando las distancias de lugar y tiempo, al histórico y por siempre famoso jardín de Casiaco (Milán), testigo de esta escena que copio y brindo á la consideración de Fernández Shaw, fiando á su buen criterio el cuidado de

15

52

no dar á la cita ni más ni menos alcance é importancia que las que en mi intención tiene. Dice así el Santo Obispo de Hipona:

«Luego que por una profunda meditación hube condensado y visto con claridad la extensión de mis miserias, sentí que se levantaba en mi corazón una terrible tempestad con nubes cargadas de abundantes lágrimas. Para que descargase totalmente, alejéme de Alipio, pues tenía necesidad de estar solo para llorar más á gusto...

*(¡Ay que el llorar es alivio,
Como el rezar es consuelo!
¡Llorad bien, llorad, mis ojos!)*

»Sentéme en tierra á la sombra de una higuera, y no pudiendo contener el llanto, brotaron de mis ojos dos ríos de lágrimas. Entonces, Dios mío, hablando con Vos, decía muchas cosas, no sé con qué palabras, pero diferentes sin duda de éstas, y que en cuanto al sentido y concepto eran como si dijese: *Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo habeis de mostrarnos enojado? No os acordéis ya jamás de mis maldades antiguas.....*

»Cuando estaba diciendo esto y llorando con amarguísima contrición, he aquí que de la casa inmediata oigo una voz como de niño ó niña que cantaba y repetía muchas veces: *Toma y lee, toma y lee.*

»Inmutado y un tanto sorprendido me puse á considerar atentamente, si por ventura los muchachos solían cantar aquello ó cosa semejante en alguno de sus juegos; pero no pude recordar haberlo oído nunca. Reprimiendo entonces el ímpetu de las lágrimas, me levanté seguidamente, y no pudiendo interpretar aquella voz sino como una orden del Cielo, que me mandaba abrir el libro de las Epístolas de San Pablo, corrí hacia donde estaba Alipio y donde había dejado el libro, toméle en mis manos, le abrí y leí en silencio el primer capítulo que se ofreció á mis ojos: «No viváis en banquetes y embriagueces, ni en vicios y deshonestidades, ni en contiendas y emulaciones; sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no os cuidéis tampoco de satisfacer los apetitos de la carne». No quise leer más, ni era menester, pues así que concluí esta sentencia, como si hubiera recibido en el alma un rayo de luz clarísima, se disiparon por completo las tinieblas de mis dudas» (*Confes. lib. VIII, cap. XII*).....

Viniendo ya, y ya es hora de hacerlo, á exponer el juicio que me ha merecido la forma poética, ó dígase, si así place, la turquesa en la cual el autor de *Poesía de la Sierra* ha vaciado tantos y tan bellos sentimientos, á nadie extrañará, después de las manifestaciones sentadas al principio, que sin ambajes ni rodeos declare, contra la opinión de los críticos que me han precedido en el análisis de esta obra, que no todas las composiciones me han agradado en la misma medida,

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

16

y que precisamente las que menos me han gustado, desde este punto de vista, son aquellas en que Fernández Shaw rinde parias á la *manera* y á la métrica del modernismo. Maneja bien, según la clásica usanza, el romance corto; él, que mucho antes de ahora, ya desde joven «dominaba, sobre todo, al decir de Gómez de Baquero, el regio endecasílabo, metro de nobles asuntos», demuestra en este libro, y ahí están los hermosos alejandrinos de *Despedida* los cuales no me dejarán mentir, que conoce, y tiene sobrados alientos para cultivarle, el verso clásico de arte mayor; demuestra, en fin, aceptando la métrica moderna, *despojada de sus alardes ridículos*, absoluto dominio sobre lo que Menéndez y Pelayo llama la *resistencia del material*; pero, francamente, no acabo de hacer mi oído al estilo poético de *Las cumbres*, *La tormenta* y *Mi madre*. Y esto, aun teniendo presente la discreta observación, cuya exactitud he tenido ocasión de comprobar más de una vez, de Enrique Díez-Canedo, el cual dice: «Carlos Fernández Shaw, que lee maravillosamente, ha hecho versos de lector. Yo aconsejaría á todos que los leyeran en voz alta; la puntuación, cuidadísima, lo facilita mucho y es una prueba más de las extraordinarias condiciones de lector que tiene el poeta. Leyendo sus poesías en alta voz, se añadirá nuevo encanto á este libro sincero y honrado, ejecutoria de una notabilísima personalidad poética».

Ultimamente consignaré que la musa inspiradora de Fernández Shaw, al cabo como reflejo de la situación de un ánimo abatido y cansado, es sosegada, apacible, de mansa corriente: ideas y sentimientos brotan y se suceden unos á otros con lentitud; no hay, en general, arrebatos líricos ni deslumbrantes imágenes ni fuego en la expresión. Lo ha dicho él mismo en una de sus composiciones:

*Hoy se arrastra mi verso de indolente poeta,
con la música triste de la pobre carreta.*

Todo lo cual y los reparos que pueda ponerle á este libro la crítica hermosillesca, no restan un ápice de verdad á este juicio de Gómez de Baquero: «La *Poesía de la Sierra* encierra las mejores composiciones de Shaw y poesías de las mejores del Parnaso español contemporáneo».

«¡Felices las enfermedades, concluiré diciendo con el citado crítico, que se resuelven en bellos versos!»

17

CARAS Y CARETAS

(Buenos Aires)

9 julio 1908



MISTERIOS

(Del libro
«Poesía de la Sierra»)

Anoche, por cuatro veces,
sonaron aldabonazos
misteriosos, en las puertas
de mi casa y de mi cuarto.
Anoche, por cuatro veces,
salimos, con las llamadas
misteriosas, á las puertas
de mi cuarto y de mi casa.
Era la noche de luna,
con un aire sosegado;
nadie, nadie...; ¡ni una sombra
discurría por el campo...!
Pero los golpes, de nuevo
sobre las puertas sonaban...
¿Quiénes así me llamaron?
Debieron de ser las ánimas.
Las ánimas de los muertos
de mi pobre Campo santo;
cementerio de la aldea,
donde, por las tardes, vago.

Dib. de Hohmann.

Una copla que esta noche
cierta moza me cantara,
dice así... (La cantadora
suspira mientras la canta.)
*La Muerte, como la Vida,
tiene sus enamorados,
y no quiere que se aparten
ni un momento de su lado.*
Como la Muerte me ha visto
temblar de amor á sus plantas,
quizás ayer, en su nombre,
vinieron por mí las ánimas.
La noche está misteriosa...;
misterioso duerme el campo...;
misterios en torno miro...;
misterios... misterios canto...;
mientras, quizás, dando vueltas
alrededor de mi casa,
para llamarme, de nuevo,
me están rondando las ánimas.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

—

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Junio, 1908

POESÍA DE LA SIERRA,
por Carlos Fernández
Shaw.—Fe. editor.—Ma-
drid.—4 ptas.

Es un libro sano y regenerador, donde el espíritu sencillo y plácido de la antigua métrica castellana resucita como un agreste perfume, y abre en las almas modernas, tan complicadas de jardín cortesano, un sendero de campo y de montaña.

Serranas he cantado. Son hijas de la
(Sierra.
Sus campos y sus pueblos, mis penas en
sus valles,
mis penas en sus montes, hicieronme sen-
(tir.
Por cumbres y laderas, vagando, divagan-
(do...
mis versos escribí.

Y de tal rústica, y á un tiempo mismo señorial manera, va el señor Fernández Shaw desdoblado su poesía odorante á plantas bravas y la sonora música de sus romances halla en nuestro corazón un eco clásico, y los cerebros tan cansados de intelectualismo hallan un gozo de frescura en el aire serrano que va volviendo las páginas, una á una...

LA MODA ELEGANTE
ILUSTRADA

Julio 1908

¿Conocéis vosotras, lectoras, los versos de Fernández Shaw? Los conocéis seguramente; seguramente os han deleitado muchas veces. Yo no he de repetiros ninguno; yo no he de hacer sino copiar la dedicatoria de su libro hermosísimo *Poesía de la Sierra*. Ella sola da idea de la grandeza de su alma:

Á LA MEMORIA
DE UNA SANTA MUJER,
ESPEJO DE VIRTUDES,
FUENTE DE AMOR,
MADRE DE MI CUERPO MORTAL,
MADRE DE MI ALMA.

¿No llega la emoción á vuestros ojos al leer estos dictados del corazón que el poeta colocó en la pri-

mera página de su libro soberano? Yo confieso que cada vez que leo esa dedicatoria, como no he visto otra, redoblo mi admiración y mi cariño al que pudo inspirarla.

Damas: lloradle vosotras también. Vuestras lágrimas serán hojas de laurel para la corona de su gloria. Ya veis cómo admiraba á la mujer. Ya veis cómo adoraba á su madre.

15 Octubre 1908

OTOÑAL.

Montes de Tozo (Cáceres).
Noviembre de 1907.

I.

Desde el sol va cayendo una lluvia de oro.
El sol, tan rico en rayos, derrocha su tesoro,
Como un *grande de España*, de los que fueron grandes
En los épicos días, en Italia y en Flandes....;
De los que conquistaron su fuero de grandeza
Por el ánimo firme, por la brava nobleza;
No de los que tan sólo brillaran por el nombre,
Con que oculta sus viles pequeñeces el hombre;
Parcos en los deberes, vanos en los derechos;
Con nombre por sus títulos, sin nombre por sus hechos.
Al sol, que ya se aleja del brumoso horizonte,
Se tiende, ya despierto, desperezado, el monte;
El monte, que se prende, como una banda, un río;
—Un monte velazqueño, con tapiz de rocío,
Con largas ondas verdes, con anchuras de mar,
Poblado por los árboles de un espeso encinar;—
El monte, como en oro, con tanta luz bañado;
Todo el monte bruñado, todo el monte dorado,
Que deslumbra, que ciega, con vivo tornasol;
Todo lleno de chispas, todo lleno de sol.

II.

Tal fué de ayer la ardiente, la espléndida jornada.
Hoy ya vino la niebla de la dulce otoñada;
Una niebla con aire misterioso de bruma,
Bajo la cual el monte se recata, se esfuma;
Con sus nobles y hermosas amplitudes de mar,
Poblado por los árboles del espeso encinar.
Un encinar austero, que se toca, y se viste
Como de eterno luto, con su follaje triste;
Su follaje profuso, tan deslustrado y serio,
Que impone al campo todo su nota de misterio.
Cómo surge del monte, desgarrando la niebla,
El arbolado prieto que lo invade y lo puebla.
Cada tronco, rugoso, desigual y membrudo,
Un soldado asemeja de un ejército mudo
Que avanza en la penumbra. Cada tronco de encina
Me parece que corre con la suelta neblina;
Velo de velos múltiples, que en silencio se cierra,
Que los aires entolda, que amortaja la Tierra.
En la niebla difusa, dijérase que todo
Se postra al fin, se funde..... con un amable modo.
No. Nada va, ni corre. Todo, más bien, se aquieta
En el hondo misterio de una calma completa;
Bajo el influjo amigo de la atmósfera tibia,
Que, por blanda y por leve, me tempera y alivia;
Que acaricia y conforta, con dulce confortar,
Mi frente, tan dolida del grave cavilar.
Oigo, de tarde en tarde, un aislado sonido:
Cayó, sobre las yerbas, un fruto desprendido.
Después, al otro lado de la distante casa,
Suenan, lejos, la música de un rebaño que pasa;
Un rebaño de ovejas, lanzado por el frío
Del monte castellano donde pasó el estío;
Aterido rebaño, que ya, de noche, sueña
Con que ha de darle abrigo su majada extremeña;
Bien por los altibajos de tierra trujillana,
Bien al Sur, donde suena la voz del Guadiana....
¡Oh música suave de la paz campesina,
Que escucho recostado contra vetusta encina;
Música del rebaño, cuanto lejana pura,
Que escucho en esta noble, feraz Extremadura,
Mientras pienso que suenan..... ¡que resonando están!
Las sentidas tonadas de Gabriel y Galán!
¡Oh canciones gustosas en la mañana quieta!
¡Oh noble suelo, digno de su noble poeta!

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Esta es la buena vida del campo, regalada;
Preferida del justo, por los vates cantada;
Vida sin sobresaltos, sin afanes, sin duelos;
A solas con las tierras, á solas con los cielos.
Tal su luz más amable, que si alumbra no abrasa.
Tal su música, música lentísima, que pasa,
Como el aire tan sano del encinar bravío;
Como el agua somera del Tozo, breve río
Que va por este monte, tan humilde y discreto
Que apenas va con agua, por correr en secreto.....
Bien está que descanse, por triste y dolorida,
En esta paz del campo mi tormentosa vida.
Bien está que las penas que airadas me acometen,
Con el quieto paisaje del Otoño se aquieten;
Que guste yo la vida del vivir verdadero,
Mientras hallo la calma del descanso que espero
Cuando al fin de la lucha que me rinde y aterra,
Me recojan los brazos de mi madre la Tierra.
Unas horas mi espíritu logre al cabo reposo,
Con estas venturanzas del sentir deleitoso.
Goce, mientras la Muerte de mi angustia se cuida,
¡Goce en paz, un instante, de la paz de la Vida!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.